

REVISTA KARMEL

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA



BEATO MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS:

Edición junio

No. 14

2022

*Una misión
Teologal*



SUMARIO



1. *¿Quién es el padre María Eugenio del Niño Jesús?*

5. *Una misión teológica: “Llevar almas a la unión con Dios”*

9. *La vida triunfa en Jesús*

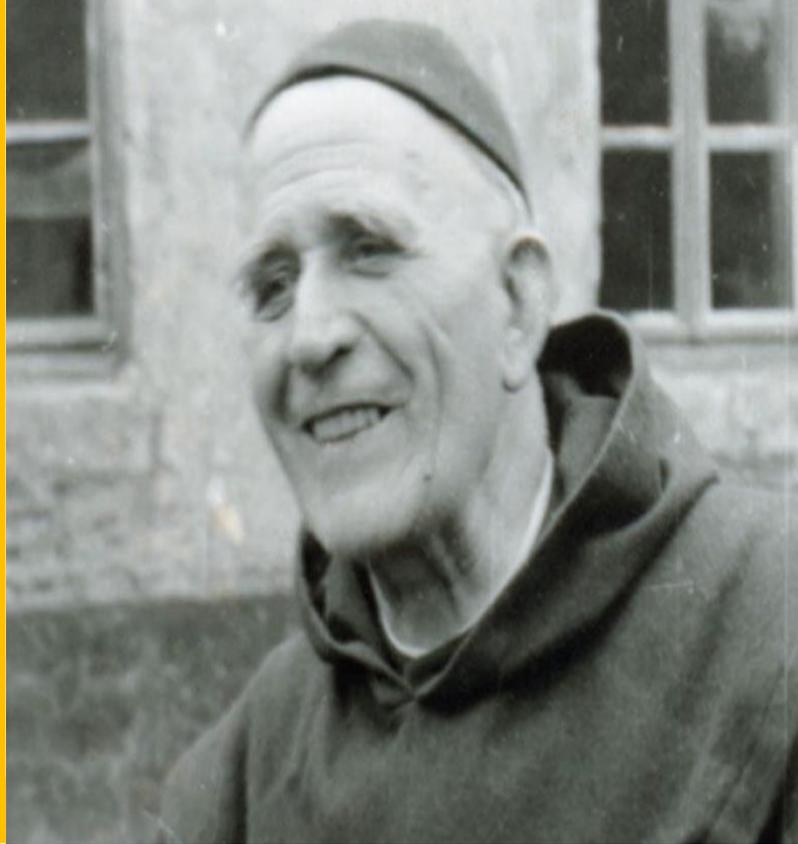
12. *Píldoras carmelitanas*

13. *Noticias de la OCDS Colombia*

¿Quién es el padre María Eugenio del Niño Jesús?

Mónica Osorio de San José

Comunidad Nuestra Señora del Monte
Carmelo y Santa Teresa del Niño Jesús,
OCDS Bogotá, Colombia



“Cuando suban a un autobús saluden a Dios presente en los viajeros, Dios vive en las personas que se cruzan en nuestro camino. Sí, podemos saludar a Dios en los que encontramos... rezar por estas personas que tal vez lo necesitan en este momento, personas que buscan a Dios las hay en todas partes... ¡Ah! Si pudiera llegar a todas ellas y hablarles del amor Infinito de Dios...”, son las intuiciones que movían el corazón del padre María Eugenio, siendo hijo espiritual de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Este joven francés, conocido en el mundo como Henri Grialou, adoptó su nombre de María Eugenio del Niño Jesús como sacerdote carmelita, a principios del siglo XX, con una fe inconmensurable y abrazado a la gracia de Dios que brotaba inconteniblemente dentro de su ser.

Fue bautizado el 13 de diciembre de 1896 y 26 años después descubrió que Dios lo llamaba al Carmelo.

El día de su bautismo Dios escribió en su corazón: *“Derramo todo mi amor por ti, por el Espíritu Santo que te doy”* (Romanos 5,5). Esto suscitó desde pequeño el deseo fuerte de amarle también a Él y corresponderle con su mismo amor.

Henri nació en Le Gua, pueblecito francés, en 1894. Tenía cuatro hermanos: Mario, Angela, Fernanda y Berta. Su padre, minero de profesión, murió cuando Henri tenía 10 años.

Para sacar a sus hijos adelante, luego de la pérdida de su esposo, su madre se dedicó a trabajar lavando ropa de los vecinos, del hospital y limpiando casas.

Eran muy pobres, pero los pobres también tienen sus riquezas; riquezas interiores que denotarán el carácter del pequeño niño. Su madre, un poco severa pero muy buena, supo inculcarle el amor a Dios y a María.

Henri, motivado por sus arduos deseos de ser sacerdote, aspiraba hacerse mayor para trabajar, conseguir dinero y así pagar sus estudios en el seminario. Quería a toda costa responder a su llamada desde el bautismo. No sería fácil, pero gracias a la voluntad sacrificada de su madre pudo estudiar.

Estando en el seminario mayor de Rodez surge una gran amistad con alguien que ya estaba en el cielo: Teresita de Lisieux. La lectura de la vida de esta monja, que aún no había sido beatificada, cautivó su vocación y la llamó su amiga.

Su vida de seminario se vio interrumpida. Con 20 años tuvo que partir a la Primera Guerra Mundial, experimentando la pobreza espiritual de sus compañeros, convenciéndose de la gran necesidad y sed de Dios que se veía por todas partes.

Dicha circunstancia lo lleva a madurar en medio de tanto dolor y sufrimiento. Será Santa Teresita del Niño Jesús quien le ayude a superar este trance, haciéndole experimentar su intercesión al salir con vida de tan duras batallas. Esto le impulsa a difundir entre los soldados la misma devoción. Por su valor, se le otorgó la Cruz Militar e influyó en la Legión de Honor Francesa.

La guerra lo llevó a comprender los sufrimientos humanos, pero al terminarse se desvelaba para él un futuro esperanzador: debía decidir entre volver a casa y hacerse minero como su padre, continuar su carrera militar muy promisorio o ser sacerdote, optando por lo último.

En octubre de 1919 regresa al seminario y un año antes de ser ordenado experimenta el amor sorpresivo de Dios.

En la noche del 13 de diciembre de 1920, durante un retiro espiritual, lee la vida de San Juan de la Cruz, sin conocerle y sin saber de la existencia de los Carmelitas Descalzos. De esta manera entiende con claridad la llamada que le llevaría a abrazar mucho sufrimiento.

Sus formadores y su confesor espiritual se opusieron, motivándolo a quedarse como misionero diocesano. Lo más difícil para él fue la oposición de su madre, amenazándole con quitarse la vida. Su deseo maternal era llegar hasta el final de la vida cuidando a su hijo sacerdote. Pero Henri no dio marcha atrás, sabía que tenía que padecer y quería *“ser sacerdote para la eternidad”*. Su sueño tan deseado se hizo realidad el 4 de febrero de 1922.

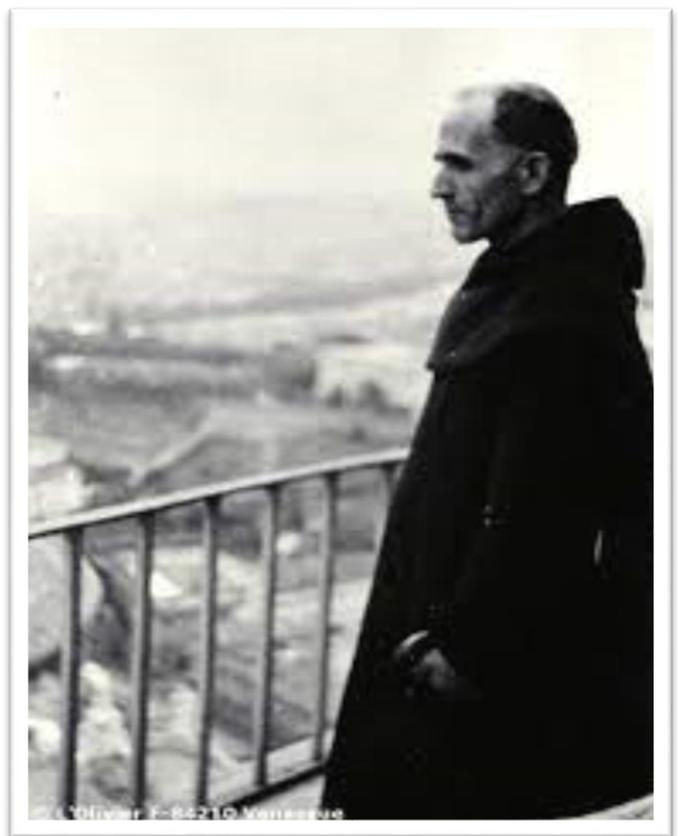
Escribe en su diario a Jesús, su divino Maestro: *“Me ofrezco a ti para todo lo que quieras, para la paz y para la alegría, para la oscuridad y el sufrimiento, enséñame a ser como Tú, a permanecer dócil a todos tus deseos a fin de cumplir la voluntad de Dios que ya me ha sido*

manifestada (...) No sé cómo es que Dios me ha traído hasta aquí, ni sé hacia donde quiere conducirme (...) creo en ti Jesús y me abandono a ti”.

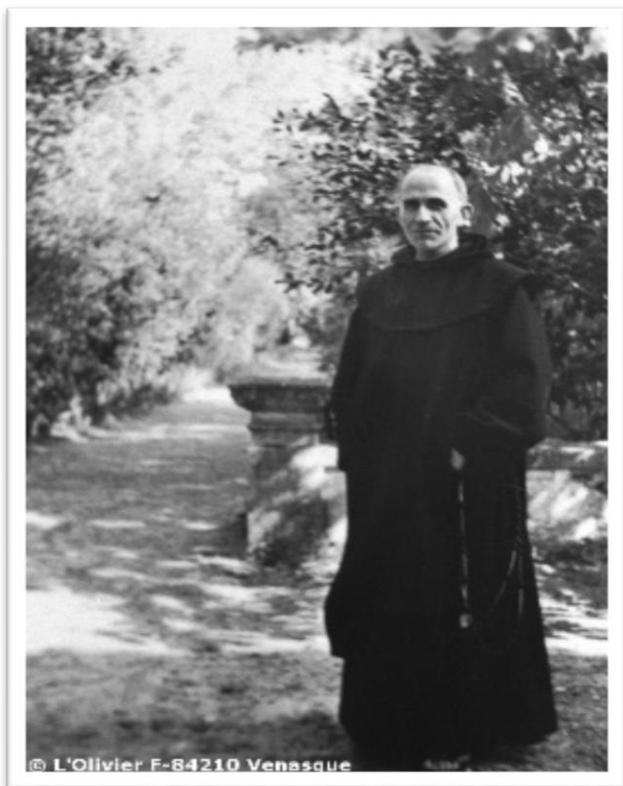
A los pocos días de su entrada al Carmelo, durante su primera noche, abre su Biblia al azar y lee las palabras de Jesús a Nicodemo: “Es necesario nacer de nuevo (...) El viento sopla donde quiere y oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene, ni a dónde va” (Jn 3,8).

Con estas palabras se iluminó su corazón y entendió que debía renacer a una vida nueva. No comprendía cómo Dios lo había traído hasta el Carmelo. No sabía a dónde quería conducirlo.

Aquellas palabras de Jesús describen su realidad. Le llevan a entender que Dios las había puesto para él, para que las escuchara, para creer en Jesús, como Nicodemo, y abandonarse en Él.



En cuanto al abandono, no le resultó fácil. Santa Teresita juega para ello un papel muy importante. Durante ese año de noviciado vivió en profundidad dicha experiencia y sintió la misma convicción, como su santa amiga, de querer compartir su misión: “La misión de hacer amar a Dios como yo lo amo”.



El padre María Eugenio descubrió también cómo Santa Teresa había marcado la Reforma del Carmelo con el carisma de amor que Dios le comunicó y que ella supo desplegar con tanta humanidad, equilibrio y profundidad. La lectura del Castillo Interior iluminó su misión de forjar amigos de Dios, de conducir a las personas a Él por el camino de la oración.

Con San Juan de la Cruz se entregó totalmente a la Llama de Amor Viva del Espíritu Santo, quien tomando cada vez más posesión de su alma, lo hacía cada vez más loco de amor. Veía al Espíritu Santo como guía invisible: no oímos su voz y ni siquiera percibimos su acción; sin embargo, nos mueve misteriosamente hacia Dios. Experiencia que posteriormente plasmará en su obra *“San Juan de la Cruz y Presencia de Luz”*.

El Espíritu Santo le hizo presentir que tenía que sufrir trabajando mucho al servicio de la Iglesia y del Carmelo, al mismo tiempo que susurraba en su interior estas palabras: *“Mira al cielo, cuenta las estrellas si puedes, así será tu descendencia”* (Gen 15,5).

Los hijos e hijas que Dios le iba a dar eran hijos del Espíritu y de la Virgen Reina y Hermosura del Carmelo, a quien había consagrado su sacerdocio.

Al hacerse carmelita supo que los primeros ermitaños de la Orden recogieron el espíritu de Elías, en el Monte Carmelo. Fue en aquel lugar donde el profeta observó la nubecilla que subía del mar, vislumbrándose un gran misterio: por medio de la Virgen María vendría la Vida misma a la tierra, Jesús el Salvador. María comprendió hasta dónde llega la misión de madre y con qué poder comunica la vida de Dios: palabras que brotaron en inspiración con su obra *“María, Madre en Plenitud”*.

El gran desarrollo de la espiritualidad teresiana lo expone en su libro *“Quiero ver a Dios”*, cuyo hilo conductor son Las Moradas de Santa Teresa, explicadas como experiencia que transmite y comunica.

“Quiero ver a Dios” es un libro que ha sido considerado para el padre María Eugenio como manual de formación para sus hijos espirituales. En su momento pensó este libro para los carmelitas, especialmente la rama seglar, cuyos libros no abundaban durante la época. Estaba convencido que la unión con Dios no se reservaba solo para los monjes detrás de las rejas, sino que podía vivirse en cualquier lugar, en las calles, en los barrios, sencillamente allí donde Dios quiere que vivamos.

El padre María Eugenio del Niño Jesús ocupó puestos de gobierno dentro de la Orden como Definidor o Vicario General.

En 1932 visitó el Santuario de Nuestra Señora de la Vida, donde sintió la inspiración de la creación de un Instituto bajo el amparo maternal de la Virgen María y así enviar testigos de la vida y de la esperanza que Jesús nos da.

En 1947 escribe un pequeño librito para sus hijos llamado: *“La Oración de los Principiantes”*. Muchos se beneficiaron de los esquemas teresianos para crecer en la experiencia de oración.

El padre María Eugenio del Niño Jesús nos presenta la figura de María y el Espíritu Santo como una realidad fundamental para nosotros los carmelitas.

Nos presenta a María como modelo de discípula que se dejó inspirar por el Espíritu Santo. Una misión que realizó y que sigue inspirando después de su muerte, acaecida un lunes de Pascua, día que él mismo dedicó como fiesta de Notre Dame de Vie, el 27 de marzo de 1967.

La causa del padre María Eugenio se abrió en 1985. Los testimonios de sus virtudes heroicas fueron enviados a Roma en 1994.

El papa Benedicto XVI autorizó el decreto de reconocimiento de sus virtudes el 19 de diciembre de 2011.

El 4 de marzo de 2016, el papa Francisco autorizó la promulgación del decreto de reconocimiento de un milagro obrado por la intercesión del ahora beato María Eugenio del Niño Jesús, cuya fiesta se celebra cada 4 de febrero.

Nuestro beato carmelita descalzo solía decir: “¡Que Dios les mande al Espíritu Santo y que muy pronto puedan decir que el Espíritu Santo es su amigo!”.

Como amigo eterno de Dios, el padre María Eugenio del Niño Jesús dio testimonio con su vida. Así lo demostró y predicó: “Convertimos mucho más por lo que somos que por lo que hacemos o decimos. Hay que saber actuar, hablar, pero sobre todo... hay que ser. El ser en Dios y con Dios, como la aspiración hacia donde ha de llegar el alma, hacia donde ha de empezar y terminar”.

Para este carismático carmelita, “la oración es una conversación. Podríamos decir: es un contacto con Dios, un intercambio afectuoso con Dios. El encuentro entre dos amores. ¡Eso es la oración!”.

Como fruto de ella y de su profunda experiencia y entrega espiritual a Dios, escribió su obra cumbre: “Quiero ver a Dios”, trazando una ruta especial para llegar a Él, con influencia en las grandes enseñanzas de Santa de Teresa de Jesús.

Así lo develan sus palabras introductorias en su obra: “No he escrito, solamente, “Quiero ver a Dios”, no solo para orar a nuestro Señor, sino para que realicéis la síntesis de la acción y de la contemplación.

La figura de nuestro querido beato María Eugenio del Niño Jesús resplandece sobre nosotros como carmelitas.

La reciedumbre del espíritu entregado y coherente para hacerle testigo en la Iglesia y en la Orden que la riqueza que él nos legó se imprime en nuestros corazones con su doctrina, con sus escritos y con la familia que dejó.

Sea él, bajo el soplo del Espíritu, enseñándonos a ser verdaderos testigos proféticos, humildes, silenciosos, orantes y misioneros comprometidos. Sin miedo en la plenitud de una entrega total a la voluntad de Dios a través de los acontecimientos cotidianos de cada día.

Beatificación

19 de noviembre 2016
AVIGNON - FRANCIA
Parque de Exposiciones a las 11:00 horas

PADRE MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS

NOTRE DAME DE VIE

Carmelita Descalzo y Fundador del Instituto Notre Dame de Vie



Una misión teologal: “Llevar almas a la unión con Dios”

Padre Andrés Felipe Marín, OCD Colombia

La vida apostólica del padre María Eugenio estuvo siempre impulsada por el amor a Dios. Amor plasmado en su deseo de dar a conocer el carisma teresiano-sanjuanista y exponer el camino de la pequeñez de su querida Santa Teresita del Niño Jesús.

En efecto, fue la lectura orante de los santos y el estudio asiduo de sus obras lo que le condujo hacia el culmen de la vivencia del carisma carmelitano: la unión perfecta con Dios.

Dicha unión con Dios no debe ser entendida como un intimismo personal con Él, ni menos como un deseo egoísta de poseerlo y controlarlo. El padre María Eugenio, conocedor de la gran dignidad del ser humano (ser privilegiado al estar inhabitado por Dios), desea que otras almas puedan llegar a la unidad divina con el Padre, tal y como lo afirma: **“Mi misión es teologal, estoy hecho para llevar las almas a la unión con Dios”.**

¹ Santuario de Notre Dame de Vie. “En el Carmelo encuentra la oración y su misión en el mundo”. En Hoja informativa N° 22, 2017, p. 8.

Misión que comparte con su hermana Berta al darle a conocer sus aspiraciones: **“Este viaje ha sido un descanso y un cansancio [...] Si supieras lo que Dios me recompensa ampliamente por todo, mostrándome simplemente la belleza de ciertas almas [...] Sabes, mi querida Berta, no hay nada más bello en el mundo que encontrar a Dios en un alma y acompañar en ella su acción”**¹.

A decir verdad, toda misión teologal debería estar forjada en una actitud teologal de la persona: responder a una experiencia de fe que provoque el deseo inmenso de alcanzar algo más grande que lo supera. De modo que, al descubrirse descentrada de sí misma y convocada por la realidad, la persona pueda donarse a lo divino², siendo “para Dios”, dando lugar a la trascendencia.

Tal y como sucedió con el beato, todos los cristianos estamos llamados a manifestar el sello cristiano de nuestras vidas desde nuestra propia experiencia de Dios y de fe en la realidad en la que vivimos.

² Véase Velasco, Juan Martín. *El fenómeno místico*. Madrid (España): Editorial Trotta S.A., 2009.

Frente a esta realidad podría surgir en alguno de nosotros interrogantes inevitables tales como: ¿Cuál es la experiencia que me acompaña para responder al Señor? ¿Cómo descubrir mi misión teologal? ¿Cómo se inicia esta realidad de la unión con Dios? Ante esa amplia gama de preguntas, el beato María Eugenio nos brindará algunas pautas para comprender un poco más esta realidad.

Para iniciar, partimos del presupuesto que, como lectores, poseemos la aspiración de unirnos fielmente a Dios y ser constantemente sus servidores. Sin embargo, deseamos también conocer cuál es aquella herramienta o instrumento que acompaña al misionero en el obrar de su misión teologal.

En este sentido, el padre María Eugenio insistirá, repetidamente, que la esencia de toda misión es la acción santificadora del Espíritu Santo, es decir: ser movidos por Él. Por ende resaltará el Bautismo, por el cual desciende el Espíritu en la criatura para hacerla hija adoptiva de Dios, como principio concreto de la misión cristiana.

Bautismo que está llamado a ser confirmado y renovado en el pentecostés de nuestras vidas: “no serán verdaderamente apóstoles más que el día en que hayan recibido el Espíritu Santo y sean transformados por Él”;³ de modo que la misión lo conlleve a dejarse guiar y transformar por el Espíritu, al igual que Jesucristo, quien inicia su misión luego del “descenso del Espíritu”⁴ que lo “lleva [conduce]”⁵ a desempeñar su obra salvífica.

En consonancia con lo anterior, el mismo Jesús Resucitado, en la plenitud de su gracia, continuó su misión en la tierra a través de los apóstoles, quienes “escogidos por Cristo, serán transformados por su Espíritu para que se conviertan así en otros Cristos

sobre la tierra y produzcan frutos copiosos en el mundo”⁶.

La acción santificadora y transformadora del Espíritu Santo debe llevarnos a ser un Cristo más en la tierra, nutriendo a la humanidad con frutos dignos del Reino de Dios tal y como el mismo Jesús señala: “Soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca”⁷.



Además el cristiano, quien ha confirmado libremente su seguimiento de Cristo, está llamado vocacionalmente a la santidad, a unirse íntima y amorosamente a Dios para servirle por medio de la oración y de la vida misma, transparentando la santidad de Cristo en los diferentes escenarios de su vida: la familia, la academia, el trabajo y en la misma Iglesia. Misión que lo impulsa a vivir como Cristo

³ Beato María Eugenio del Niño Jesús. En conferencia de 3 de septiembre de 1964.

⁴ Véase Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22

⁵ Véase Mc 1, 12; Mt 4, 1; Lc. 4,1

⁶ Beato María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*. Ediciones el Carmen, España, p. 1290.

⁷ Jn 15, 16

para honrar la gloria del Padre⁸, a través de las huellas de su Hijo y a adentrarse en las profundidades del misterio de Dios.



En efecto, el cristiano se encuentra en un constante acercarse al Misterio, con el fin de lograr pronunciar alguna palabra, y no simplemente balbucir, acerca de lo inefable de la Revelación, encontrando reposo sabroso en las manos del Amado. Sin lugar a duda no se trata de un obrar para ganar un salario corriente o una promesa fugaz, sino más bien de un perder para obtener todo de Dios.

Ahora bien, el beato también insiste en que la misión teologal del cristiano se traza en dos movimientos del Espíritu: uno filial hacia Dios y el otro hacia las almas.

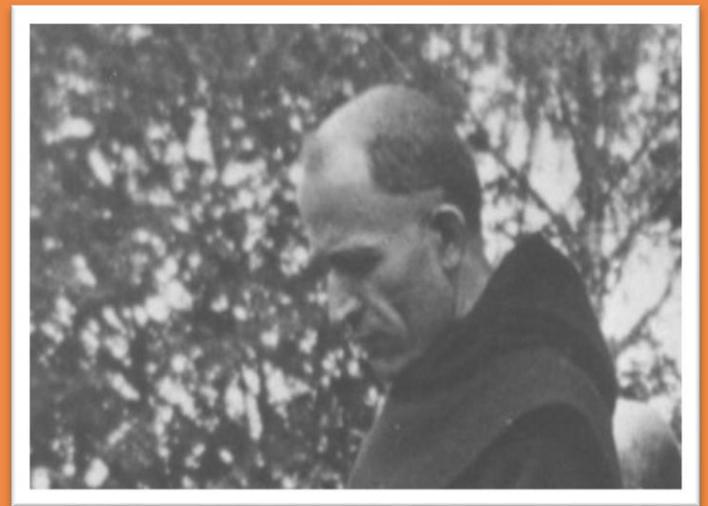
Muy frecuentemente, en el descubrimiento de nuestra propia misión teologal, nos quedamos atascados o enceguecidos en el primer movimiento, aspirando fenómenos místicos y/o visiones beatíficas. Es importante recordar que la propia Santa Teresa de Jesús, luego de exponer toda su doctrina del Castillo Interior, afirma que la oración,

la unión y el matrimonio espiritual son para “que nazcan siempre obras”⁹.

Es esencial tener presente que es el Espíritu Santo quien nos liga a todos los movimientos de las aspiraciones del amor de Dios y nos asocia a sus realizaciones,¹⁰ de modo que las vibraciones del Espíritu suavizan un corazón de piedra, transformándolo en un corazón compasivo con nuestros hermanos.

En resumen, la misión teologal del cristiano se centra en dos movimientos: un movimiento de amor hacia Dios divinizador y un movimiento de amor al prójimo encarnado: amando al Señor con todo el corazón, alma y mente y amando al prójimo como a uno mismo¹¹.

De esta manera, la prolongación santificadora del Espíritu “continúa su obra, derramando en nuestras almas una caridad filial que nos identifica con el Verbo encarnado, Cristo Jesús. Esta gracia nos incorpora a Cristo para formar con Él el Cristo total”¹². En otras palabras, el insuflar del Espíritu nos hace Cristos y nos incorpora en su mandamiento del amor: “que os améis unos a otros como yo os he amado”¹³.



⁸ Jn. 17, 1-5: “Conozcan a Dios y a tu enviado Jesucristo”.

⁹ 7M 4,4

¹⁰ Véase Beato María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*, p. 1297.

¹¹ Juan 22, 37-40

¹² Véase Beato María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*, p. 1297.

¹³ Jn. 15,12.

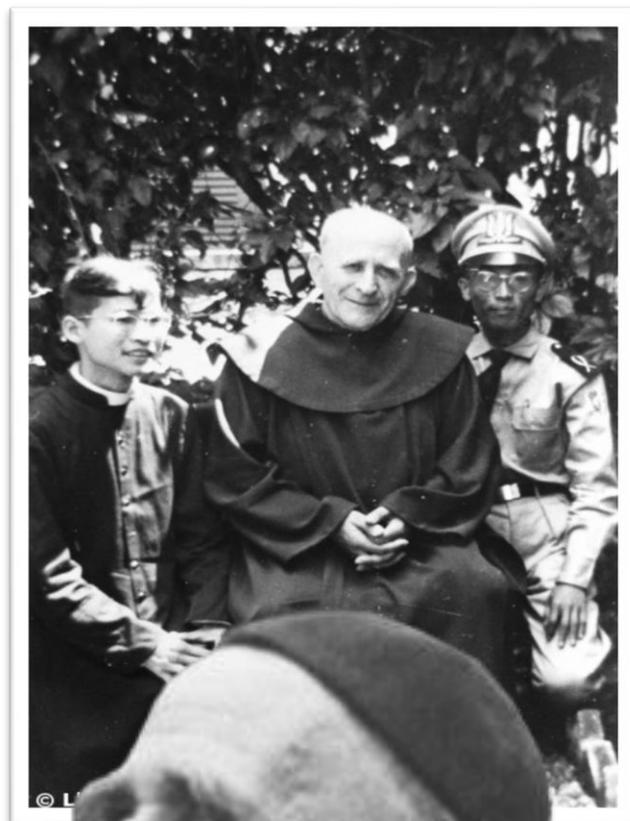
En efecto, cada don, carisma y gracias donados por el amor de Dios “se manifiesta en los santos en diversas tonalidades, que corresponden a la gracia particular, a la misión y temperamento de cada uno de ellos”¹⁴. Sin importar la diversidad del obrar, la misión está orientada siempre a “llevar las almas a la unión con Dios”. Tal labor no se limita a la existencia tiempo-terrenal, sino que, tal y como lo da a entender el beato, la misión prosigue en la resurrección.

El mismo padre María Eugenio, dos años antes de su muerte, entregó una especie de testamento espiritual, en el que quiso revelar el horizonte de su misión teologal con el deseo de seguir intercediendo por las almas para que sean atrapadas por el Espíritu: “Lo que os puedo decir es que, evidentemente, al principio de mi vida religiosa creo haber sido atrapado por el Espíritu Santo y después también, [...] Lo que quisiera dejarles como testamento es el Espíritu Santo [...] que el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, que puedan decir lo más pronto posible que el Espíritu Santo es su amigo, que el Espíritu Santo es su luz, que el Espíritu Santo es su maestro [...] Es lo que deseo a todos, es lo que pido y seguiré pidiendo para ustedes mientras Dios me deje aquí en la tierra y ciertamente durante toda la eternidad”¹⁵.

En definitiva, la vocación misionera del cristiano se hace efectiva en el ejercicio pleno del amor porque “para amar es preciso servir”¹⁶. Un servicio dócil al movimiento del Espíritu Santo, quien nos adentra en el ritmo sustancial del amor, de modo que ya no es propiamente un “accionar del hombre”, sino una sumisión del alma al Espíritu, quien se convierte en dueño de las obras y monitor de la oración del cristiano.

De este modo, la misión teologal supera la tentación de enterrar los talentos o dones,¹⁷ con el propósito de fructificar la gracia otorgada para apacentar las ovejas del Señor¹⁸.

La misión teologal es un hecho escatológico en el que el cristiano vive, muere y resucita en el servicio del amor.



¹⁴ Beato María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*, p. 1303.

¹⁵ G. Gaucher, *La vida del Padre María-Eugenio del Niño Jesús*. Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 250-251.

¹⁶ Beato María Eugenio del Niño Jesús. *Quiero ver a Dios*, p. 1322.

¹⁷ Mt. 25,14-30

¹⁸ Véase Jn 21,15-17

La vida triunfa en Jesús

Padre César Farfán Zamalloa, OCD Perú

Después de un camino de cincuenta días, estamos próximos a culminar el tiempo de Pascua con la solemnidad de Pentecostés, en la que celebramos la venida del Espíritu Santo, a quien el beato María Eugenio del Niño Jesús llamará **“su Amigo”**.

Sin embargo, por medio de este artículo nos remontaremos al domingo de Resurrección de 1965, cuando el entonces padre María Eugenio pronuncia la homilía en esta fecha tan importante para la Iglesia Católica: **la Pascua**.

El beato María Eugenio inicia dicha homilía haciendo dos preguntas: ¿Qué es la fiesta de la Pascua? ¿Por qué la Iglesia pone en nuestros labios el canto repetido del Aleluya?

Frente a estas interrogantes, como católicos podemos responder, con facilidad, de la siguiente manera: La Pascua es la fiesta más importante de la religión cristiana donde se conmemora la Resurrección de Jesús. **En palabras de María Eugenio: “La vida triunfa en Jesús”**. Jesús sale del sepulcro, su alma y su cuerpo son glorificados.

Este triunfo de Jesús sobre la muerte nos motiva a responder la segunda pregunta y expresar con nuestros labios aquello que sentimos en nuestro interior: ¡Aleluya, Aleluya!, con una voz llena de júbilo que significa: “Alaben”.



Este alaben es alabar a un Dios que ha triunfado, saliendo victorioso de la muerte para resucitar. ***“Pues Cristo resucitado ya no vuelve a morir, sino que goza para siempre de esta vida triunfante”, compartiéndolo con todos nosotros.***

El triunfo de Jesús sobre la muerte glorifica a la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo): el Padre que resucita a Cristo, el Hijo que sale triunfante de la muerte y el Espíritu Santo que da vida en abundancia.

Desde una mirada particular y contemplativa, esa misma vida de Jesús glorificado *es la vida de Cristo en la Eucaristía, bajo las apariencias de pan y vino*, con la cual nos hacemos uno solo con Él, compartiendo esta Resurrección cada vez que comulgamos.

“¡Misterio divino, impenetrable e incomprensible! Dios ha querido esa muerte y ha entregado a su Verbo hecho hombre para que esta Muerte triunfe sobre la muerte y garantizar para siempre el triunfo de la vida”. Son palabras del padre María Eugenio que nos hacen comprender el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor para poder celebrar con gozo la Pascua, es decir el triunfo de la vida sobre la muerte, donde **la vida triunfa en Jesús** y en ella celebramos la extensión de la vida divina para siempre.



En la Sagrada Escritura, San Pablo nos dice: *“Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe”* (1 Corintios 15,14). Esta Resurrección es el triunfo de la vida sobre la muerte y este triunfo es el fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza, pues es la vida que fluye en Cristo, la cual debe de fluir en la nuestra por ser parte de este Cuerpo místico y glorificado donde Cristo es la cabeza.

El beato María Eugenio nos dice: *“este triunfo es también el fundamento de nuestro amor”*, porque lo que ha triunfado no solo es la vida, sino también el amor y Dios es amor, por ello podemos decir que es un triunfo divino que nos enlaza y nos hace uno solo con Dios como herederos suyos, viviendo esta filiación divina junto a la vida triunfante de Jesús.

La Pascua es símbolo de alegría para el cristiano porque la vida triunfa en Cristo, pero esta alegría no es solo para nosotros, sino que también es una alegría para la Madre de Cristo.

El padre María Eugenio decía en su homilía: *“pensemos en la alegría de la Virgen que contempla el triunfo de la vida en Dios, en su hijo Jesús”*. Y es que el dolor de perder un ser querido es muy fuerte, pero la alegría de verlo glorificado es mayor, por eso qué alegría para Ella, alegría de ver esa vida en Cristo, de ver que se irradia en todas sus dimensiones hacia todos sus hijos.

La vida de Cristo nos llega por medio de Ella. María se convierte en la Madre de la Vida, dirá el padre Fundador de la Institución Nuestra Señora de la Vida, beato María Eugenio: *“Qué alegría para nosotros poderla saludar así: ¡Madre de la Vida, Nuestra Señora de la Vida! ¡De la vida triunfante de Cristo en su humanidad y en nuestras almas!”*. Sin duda la Vida se ha encarnado en el seno de María y esta Vida permanece triunfante después del Calvario y de la Cruz en la Resurrección.

Ahora, estamos prontos a celebrar la solemnidad de Pentecostés, es decir la llegada del Espíritu Santo.

El padre María Eugenio quería que todos sus hijos fueran hijos del Espíritu Santo y de la Virgen, como lo fue él. A lo largo de su vida se entregó de forma total al Espíritu de Amor, siendo un predicador incansable de esta acción y presencia del Espíritu Santo en las almas, en la Iglesia y en toda la historia.

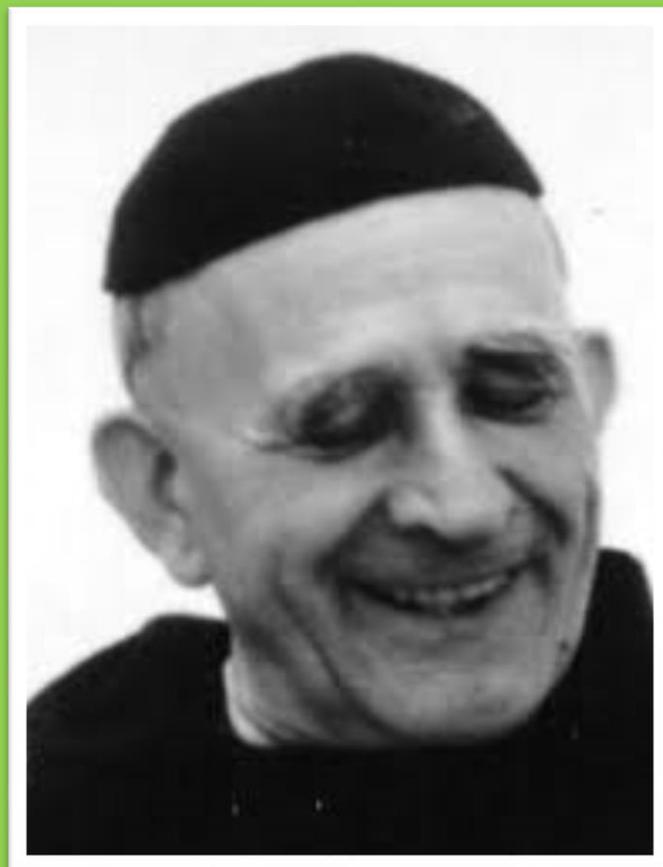
Pentecostés es hablar del Espíritu Santo y el beato María Eugenia decía: *“Es muy probable que la gente haya notado que cuando hablo del Espíritu Santo me suelo apasionar con bastante facilidad y que lo llamo Amigo mío”*.

Es una invitación a poder sentir más de cerca al Espíritu Santo y ponerle un nombre con el que quisiéramos llamarlo en nuestra intimidad. Esto es una herencia teresiana: Santa Teresa de Jesús nos dice que podemos llamar a Jesús con el nombre que queramos, de acuerdo a lo que vamos sintiendo y viviendo.

Decía el padre María Eugenio del Niño Jesús: *“Después de Pentecostés, María es plenamente Madre, entregada por completo a su gracia maternal, en virtud de la cual ofreció a su Hijo”*.

También nosotros debemos sentirnos envueltos por ese inmenso amor materno. Abandonémoslo todo a este amor sin importar las circunstancias que estemos viviendo. Así seremos verdaderos hijos de esta Madre de Dios.

Dejémonos transformar por el Espíritu que nos impulsa a triunfar en Cristo, que es la vida verdadera y nuestro triunfo seguro. En palabras de San Pablo: la corona que no se marchita y por la que estamos en una carrera de gigantes hacia la santidad.





Sabía usted que...

Su nombre de pila: Enrique (Henri) Grialou. Nace el 2 de diciembre de 1894, en una modesta familia de Gua, pueblo minero de la región de Aveyron, en Francia.

Desde niño se siente atraído por el sacerdocio. Ni las penurias familiares, ni la Primera Guerra Mundial lo apartarán de su decisión; al contrario, lo harán madurar en su vocación. Su vida será una completa entrega a la voluntad de Dios.

El 4 de febrero de 1922 entrará al noviciado de los carmelitas. Descubre su llamado a la Orden de Carmelitas Descalzos gracias a un libro sobre San Juan de la Cruz. Recibe el hábito de la Orden el 10 de marzo de 1922, tomando el nombre de María Eugenio del Niño Jesús.

En 1932 funda el Instituto Secular Notre Dame de Vie (Nuestra Señora de la Vida), en Venasque, Francia. Este Instituto, formado por laicos consagrados y sacerdotes que viven de la espiritualidad del Carmelo, intenta testimoniar la presencia del Dios vivo en los ambientes más diversos, en medio del mundo; viviendo y enseñando el camino de la oración contemplativa.

Descubrir a Santa Teresita del Niño Jesús y su caminito de infancia espiritual influirá en su vida y en sus enseñanzas.

El padre María Eugenio quería que sus hijos fueran hijos del Espíritu Santo y de la Virgen, como él lo fue.

Escribía el padre María Eugenio: “Te quiero conocer, Dios mío. Quiero abrirte mi corazón y creer en la locura de amor que habita en Ti, en ese gozo inmenso que encuentra Tu amor, cuando puede superar los límites de la justicia, las barreras de nuestros limitados méritos. Quieres darte gratuitamente, necesitas darte gratuitamente, te abro mi corazón”.

Algunos de sus libros:

- Quiero ver a Dios
- Movidos por el Espíritu
- María, Madre en plenitud
- Misterio Pascual
- Tu amor creció conmigo, Teresa de Lisieux.

Beatificación: 19 de noviembre de 2016.

Fuente:

- Portal Carmelitano
- Cipecar

Noticias de la OCDS Colombia

El pasado 18 y 19 de mayo se llevó a cabo el VI Capítulo Provincial de la OCDS Colombia, en las instalaciones del Centro de Espiritualidad Francisco Palau, en la ciudad de Bogotá.

En este evento participaron 41 hermanos capitulares de las diferentes comunidades y se contó con la participación y acompañamiento de los padres: Ramiro Casale OCD, delegado general de Roma para la OCDS; Carlos Alberto Ospina, superior provincial OCD; Gonzalo de Jesús Zapata, delegado provincial OCD para la OCDS Colombia, y Jorge Luis Mendoza OCD, asistente espiritual para las comunidades de carmelitas seculares de Cali y Popayán.



En este VI Capítulo fueron elegidos los hermanos que integrarán el nuevo Consejo Provincial de la OCDS Colombia para el trienio 2022 – 2025:

- **Presidente:** Angela María Guzmán, Comunidad Santa Teresita del Niño Jesús, Cali.

- **Consejero de Formación:** León Jurado, Comunidad Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, Cartagena.

- **Consejero de Vida Espiritual:** Moisés Talero, Comunidad Luis y Celia Martin, Bogotá.

- **Consejera de Vida Mariana:** Mari Monroy, Comunidad Santa Teresa de los Andes, Cúcuta.

- **Consejera de Apostolado:** Beatriz Arévalo, Comunidad Santa Teresita del Niño Jesús, Cali.

Auxiliares:

- **Secretario:** Andrés González, Comunidad Luis y Celia Martin, Bogotá.

- **Tesorero:** Luis Humberto Pérez, Comunidad Santa Teresa de los Andes, Cúcuta.

Visita del Delegado General de Roma a las comunidades de la OCDS en Cali

El sábado 21 de mayo, en la Eucaristía celebrada en la Parroquia del Santísimo Sacramento, “El Templete”, se realizó la ceremonia de imposición de Escapularios para dos hermanos de la Comunidad Santa Teresa de Jesús, dando inicio a su etapa de formación básica. También se hizo entrega de un signo a quienes comienzan su etapa de acercamiento a la Orden.

En esta ceremonia participaron hermanos de las cuatro comunidades de Cali: Jesús, María y José, Nuestra Señora Madre de la Divina Gracia, Santa Teresita del Niño Jesús y Santa Teresa de Jesús.

Al finalizar, se organizó un compartir en las instalaciones de la parroquia para darle la bienvenida al padre Ramiro Casale.



Encuentro con las madres carmelitas descalzas del Monasterio de la Santísima Trinidad de Cali



Compartir fraterno del padre Ramiro Casale OCD y algunas comunidades de la OCDS Colombia



Comunidades OCDS Bogotá



Fray Veremundo Arteta, Villa de Leyva 1



San José, Villa de Leyva 2



Niño Jesús de Praga, Popayán

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA
JUNIO 2022



Correo electrónico: revistakarmelocdscali@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790